

Razón de vivir

MOMO ENDE



Capítulo 1

RAZÓN DE VIVIR

¡Ay de aquélla pobre mujer!, mientras echa las tortillas al comal le escurren lagrimones por sus mejillas, evaporándose con el humo del metal.

—Lorena, Lorena — le decían sus hermanas y su esposo: - ¡la vida sigue, vive!-, como se le dice a quién extravía una llave o a quién olvidó quitar la ropa del tendedero sin saber que llovería.

Han pasado dos años desde que su pérdida se convirtió en una fotografía, en un holograma, en un sueño. Meses escuchando entre los vecinos como en los noticieros de la radio, esos comentarios constantes, punta de lanza en su corazón, entre su corazón y su garganta, que le hacen desprenderse en llanto... “Ojalá la encuentren, aunque sea muerta, pero al menos sabrá de ella y podrá descansar; dejará de sufrir”.

Revive el recuerdo del viernes maldito en que esperaba a su hija Carolina, al salir de la secundaria. Venía de frente hacia ella, alcanzaba a verla y supuso que ella igual, con sus audífonos colgando del cuello, su mochila al hombro y jugueteando en su boca una paleta. Lorena se detuvo a esperarla, en la esquina de la cuadra, recargada en el caliente poste de luz, sobre la publicidad y los papeles pegados con rostros de desaparecidos. Allí, de brazos cruzados de pronto frunció el ceño y empezó a correr hacia su hija. Una camioneta negra se había detenido y en un minuto, tras forcejear con un hombre alto, robusto, Carolina solo gritó: - ¡Mamá! ¡Mamá!. Y luego ese rechinar de las llantas sobre la calle, la inevitable huida y el adiós de Carolina en un destello, en un parpadeo en el que a Lorena se le fue hasta la respiración.

A punto de desvanecerse, Macrina, su vecina la tomó del brazo y la cintura. Quería abrirle los ojos, abrazarla, reanimarla. Para cuando Lorena despertó todo era más oscuro, con más bullicio y el parpadeo de luces azules y rojas, la policía estaba frente a su casa, habían repasado ya el testimonio de familiares y vecinos y todo se hacía más confuso, todo era más rojo que azul.

Dicen que Lorena dejó de ser la señora que habitaba la casa del número 34 de aquella colonia mancillada por la violencia, por la injusticia, por la Themis ciega que no tuvo la desgracia de perder a Irene o a Astrea, porque Diké como la misma Themis era solo un mito en el corazón de los hombres y las mujeres. Dicen que Lorena dejó de barrer el patio del frente, no miraba a su esposo ni a sus hermanas. Su mirada recorrió desde entonces los lugares más pútridos, donde había cuerpos tirados, restos óseos y de ropa. El olor fétido le era común como la compañía de otras madres, jóvenes y mayores que ella, que palidecían cada vez que daban con señales de sus hijos o hijas desaparecidos. Cuando desfallecían, a su vez resurgía la angustia y la impotencia por encontrarlos, haciéndose noticia a nivel nacional como internacional, haciéndose objeto de admiración de conocidos y desconocidos.

Apenas ayer en la ciudad de México, recostada dentro de una tienda de campaña, platicaba con Macrina y otras madres sobre el recorrido qué les esperaba, las entrevistas de la prensa y el periódico en qué salieron fotografiadas, llegando a su oído la letra de aquélla melodía:

"Para decidir si sigo poniendo esta sangre en tierra,

Este corazón que va de su parte, sol y tinieblas

Para continuar caminando al sol por estos desiertos

Para recalcar que estoy vivo en medio de tantos muertos.

Para decidir, para continuar, para recalcar y considerar

Sólo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros..."

Y sus ojos se fijaron sobre uno de los titulares: "Hunden una varilla y dieron con la fosa más grande de México; van 287 cuerpos". Lláménle intuición, amor de madre o instinto maternal pero al leer eso, esa "varilla" atravesaba por última vez su corazón. Supo que allí estaba Carolina aguardando su llegada, justo como cuando se ausentó, como la última vez que la vió.

Esta noche le di un beso a mi madre, Lorena. Le he besado los ojos mientras duerme al vigía eterno de los jóvenes que faltan por encontrar y

camina junto a más de ciento cincuenta madres que, como ella encontraron otra razón para vivir.